

quieran introducirse en la guerra civil española; están escritos por republicanos, lo que potencia la credibilidad de su testimonio; están vistos desde una posición liberal, que condena tanto a fascistas como a revolucionarios y todos ellos son imprescindibles para conocer la actuación de una gran parte de la izquierda en la guerra.

Por ejemplo el caso de José maría Chacón y Calvo, tan parecido al de Morla, diplomático cubano del Madrid de 1936, y también autor de unos diarios ajenos al rojo y azul de aquella España, *Diario íntimo de la Revolución española* (Verbum), escrito entre julio y noviembre de 1936 y publicado en España en 2009. También el del periodista y escritor de excelencia Chaves Nogales, cuyo *A sangre y fuego* (Espasa), catalogado por su prologuista como perteneciente a la imposible tercera España, fue escrito en 1937 y publicado en España en 2009. Asimismo el de Pío Baroja, autor de *Ayer y hoy* (Caro Raggio), una serie de artículos y ensayos muy crítico con los dos bandos en lucha, que se escribe en 1938 y no se publica en España hasta 1998.

O por último el de Clara Campoamor, también como el resto de los anteriores a excepción del diplomático Chacón, huida de la zona “republicana”, que escribe *La revolución española vista por una republicana* (Espuela de Plata), donde no sólo cuenta el terror del Madrid del 36 sino que analiza el origen de la guerra y condena el totalitarismo que domina en ambos bandos. Fue publicado en francés en 1937, aunque en España no se publica hasta el 2005.

Otros muchos autores, en uno u otro momento, condenan los extremos tanto de la derecha como de la izquierda, aunque en algunos casos, por razones diversas, decidan permanecer más cerca de unos que de otros o viceversa: Moreno Villa, Gómez de la Serna, Cansinos Assens, Ortega y Gasset, Marañón, Pérez de Ayala, Rosa Chacel, Cernuda, Guillén, Madariaga, Américo Castro, Sánchez Albornoz, Corpus Barga, Juan Ramón Jiménez, Ramon J. Sender, Gaziel y otros muchos.

La mayor parte de ellos se marcha pronto de la España “republicana”, porque como llamó la atención Julián Marías, la gran mayoría de la emigración intelectual española se produce en 1936, a principios de la guerra, y no en 1939, al final.

Núñez Florencio, Rafael, *El peso del pesimismo. Del 98 al desencanto*. Madrid, Marcial Pons, 2010, 473 pp.

Por Francisco de Paula Villatoro Sánchez
(Universidad de Cádiz)

Tras una importante ausencia en la historiografía tradicional española, los estudios sobre historia cultural, entendidos como un análisis más complejo de las sociedades a partir de sus manifestaciones culturales, han comenzado a tener un hueco importante en la producción historiográfica española de los últimos años. En este sentido, las tradicionales investigaciones basadas en el análisis y comentario de la producción literaria o científica de una época, han dado paso a investigaciones en que esto se pone en relación con otras artes, con las distintas circunstancias históricas y con los distintos factores que marcan a una colectividad en un momento dado, prestando atención al estudio de las mentalidades y de las identidades colectivas.

En este sentido, manifestaciones culturales de lo más diversas (desde las grandes obras de la literatura y el arte clásicos a las manifestaciones más populares) han sido objeto de análisis para configurar la idiosincrasia de las colectividades, las constantes culturales que en definitiva marcan, al menos en cierta medida, su comportamiento y devenir histórico. De esta forma, épocas como el Siglo de Oro han contado con interesantísimas interpretaciones en claves novedosas de sus realidades culturales y religiosas (piénsese en las fantásticas “formas complejas de religiosidad” estudiadas por Caro Baroja). Con los cambios pertinentes, muchas de estas metodologías comienzan asimismo a asentarse en el mundo del contemporaneismo, ayudando a comprender realidades y situaciones tradicionalmente analizadas desde prismas excesivamente mecanicistas.

La obra que tenemos entre manos es probablemente una de las aportaciones más destacadas a esta variedad de historia cultural que venimos glosando para la Edad Contemporánea española, pues si bien no pretende radiografiar en su conjunto el desarrollo de una forma de mentalidad concreta, sí permite el acercamiento a una de la que podemos considerar una de las características de mayor influencia en el imaginario colectivo español, al menos durante el siglo XX.

Bajo términos como “pesimismo” o “desencanto” se encuentran realidades reflejadas a partir de numerosas obras literarias y pictóricas que han vertebrado, en cierto modo, buena parte de la consideración del ser español a lo largo de esta última centuria. En este sentido, si bien es cierto que la situación española no ofrecía ningún tipo de condicionamiento a priori que marcara este desarrollo, el devenir histórico, determinado por diversos factores más antiguos, propició que esta característica de carácter emocional se instalara de forma más o menos continúa en nuestro pensamiento durante el período de estudio.

Como bien señala el propio autor, es igualmente posible encontrar para el mismo período la misma cantidad de muestras de contenido optimista y vitalista que, en una consideración maniquea, podríamos considerar como contrarias y opuestas a lo que aquí definimos, que entendemos como pesimista y lúgubre en su forma más burda. Sin embargo, episodios nacionales como el desastre del 98, la Guerra Civil o el régimen franquista dotan a este sentimiento de pesimismo de una fuerza coyuntural en determinados momentos del siglo que bien pudiera considerarse como factor estructural del desarrollo histórico de esta centuria.

Así, manifestaciones artísticas y literarias que ponen de manifiesto este tipo de ideas, llegando incluso a generar imágenes de espectacular belleza romántica, se rastrean en nuestra cultura desde el Barroco, encontrando nuevos renaceres a lo largo del XIX y, en especial, coincidiendo con 1898, momento en que esta visión melancólica es tomada como pretexto para diversos políticos y ensayistas para ir más allá de la mera obra literaria y reflejar un sentido de denuncia del comportamiento nacional que había llevado a aquella situación.

Esta denuncia de la decadencia española, lento transcurso de una nación moribunda desde su momento de máximo esplendor en el siglo XVI hasta su última agonía, atropellada por la vitalidad de las nuevas naciones contemporáneas, simbolizadas en la fuerza juvenil de los EEUU al arrebatar al Imperio español sus últimas posesiones, se llena en cualquier caso de desencanto al comprobar la fatalidad de este destino, la incapacidad de modificar un ápice, al menos desde el punto de vista teórico, la condena en que se encuentra la realidad nacional española.

Probablemente la palabra que mejor encaja esta realidad de desencanto profundo al comprobar que la denuncia airada del 98 no tiene posibilidad de cambio y enmienda sea aquella que da título al capítulo III de la obra, abulia, y que representa la continuidad de una denuncia que pasa de ser puntual a convertirse en un desencanto continuado, al menos desde ciertos sectores de políticos e intelectuales, hacía el devenir español. En este marco de desaliento se suceden fenómenos históricos como las Guerras de Marruecos, la decadencia del sistema de la Restauración o el fracaso de la industrialización española, incidiendo en esta misma idea únicamente matizada por tenues luces que se desarrollan a lo largo del primer tercio del XX.

Metáforas como la desolación de los campos castellanos, desiertos en el centro de la nación, e imagen y reflejo de la propia realidad nacional, como contrapartida a las ricas y bulliciosas regiones periféricas (Cataluña fundamentalmente), subyugadas por el peso del Estado central, representan buena parte de las ideas a que nos estamos refiriendo. En este sentido, la desolación de la meseta castellana llega incluso a convertirse en elemento poético para muchos de estos autores, a la par que factor de denuncia de un medio ambiente hostil finalmente convertido en secarral por la propia acción humana. De igual modo, imágenes como el quijotismo, con sus dos caras de idealismo imposible de don Quijote y realismo burdo y pragmático de Sancho, contribuyen a recrear esta imagen de una España decadente que ya poco tiene que ver con las imágenes exóticas y orientalistas de la España de los viajeros decimonónicos.

Probablemente, episodios como la Guerra Civil y la dictadura contribuyan más que ningún otro a la perpetuación de estas imágenes y sentimientos, no sólo por su propia significación en sí mismos, sino por su simbología como intento frustrado, como aborto, de una oportunidad de modernización y progreso que finalmente queda lastrada por el peso de tricornos y sotanas que devuelven a la realidad nacional a este pesimismo y desaliento que recorre toda la obra.

Sin querer engolfarnos en demasía en la significación de estos luctuosos hechos para la mentalidad española, si es de destacar especialmente la última parte de la obra por la novedad en su planteamiento. En este sentido, el punto final a este desencanto nacional, al menos

desde el relato historiográfico institucional, estaría constituido por el triunfante acontecimiento de la transición política española, ejemplar modelo de cambio político hacia la democracia y de homologación con el resto de los países occidentales que durante muchos años definió lo que se llamó el “milagro español”. Efectivamente, en pocos años España se integró perfectamente en los cánones políticos, sociales y económicos de la Europa del momento participando de un capital intangible muy importante que le permitía redimirse de buena parte de los pecados de su pasado. Esta realidad, no obstante, está siendo denunciada recientemente por especialistas de las más diversas disciplinas que ponen el foco de atención sobre aquellos elementos que demuestran que no fue tan modélico el proceso y que en él también tuvo cabida el desencanto y la frustración por la consecución de metas inacabadas y por la permanencia de lacras y fantasmas del pasado.

Esta última matización de la obra, refiriéndose quizá al período de nuestra historia reciente más mitificado por determinados sectores mediáticos e historiográficos es quizás la muestra más clara del rigor y la ponderación que rige el conjunto de la obra. En este sentido, más que un relato de lo lúgubre y lo sombrío de nuestro pasado, visto a través de los ojos de intelectuales, políticos y artistas fundamentalmente, esta obra es una historia ponderada de la mentalidad y la cultura española de este último siglo haciendo especial incidencia en uno de los elementos que más la han caracterizado desde el punto de vista histórico. Resulta por tanto una lectura altamente recomendable, pues a su ponderación y medida en el uso de las imágenes en vinculación con el contexto histórico pertinente se une un ritmo fluido y agradable muy adecuado para este tipo de ensayos.

Orihuela, Antonio, *Moguer 1936*. Navarra, La Oveja Roja, 2010, 362 pp.

Por José Luis Gutiérrez Molina
(Universidad de Sevilla)

Hay historiadores poetas. Más raro es que un poeta se convierta en historiador. Antonio Orihuela reúne ambas condiciones. Es historiador por medio de vida, profesor de Instituto, tiene el grado académico, es doctor en historia, y ha dedicado gran parte de su vida – públicamente desde su primer libro en 1995- a la

poesía. Tanto en uno como otro aspecto Orihuela es un autor comprometido, consciente de que trabajo bien hecho no es sinónimo de una pretendida objetividad, de alejarse del contexto en el que se vive. Así lo ha demostrado cuando ha estudiado las sociedades precapitalistas en el suroeste de la península Ibérica (*Historia de la Prehistoria*, Huelva, 1999) y cuando sus poemas no han dudado en considerarse armas para luchar (*Poemas para el combate. Antología*, Cádiz, 2007). Con estos antecedentes era casi inevitable que terminara por enfrentarse como historiador con uno de los temas centrales de la historiografía española contemporánea: la década de los años treinta del siglo XX y la represión que acompañó el régimen construido por los vencedores de la sedición del verano de 1936. Que además es poeta se advierte en la redacción y enunciados de los epígrafes del trabajo.

Una cuestión que no es una preocupación reciente o mercenaria, como en tantos casos. Hacía ya tiempo que había escrito: ¿Pero, a esas horas, / quién anda por Moguer? / El Deseo. / La Perdición. / El Engaño. / Son los hijos de la noche. / Y el último, / hermano de la verdad, / el Olvido. / Cuatro maleantes (*Piedra corazón del mundo (Antología personal 1995-2000)*, Valencia, 2001 www.nodo50.org/mlrs/Biblioteca/orihue/piedra.pdf). Ahora la poesía se ha hecho prosa en forma de estudio histórico: *Moguer 1936* (Navarra, La Oveja Roja, 2010). Con unos pocos meses en las librerías ha agotado ya dos ediciones y está a punto de aparecer la tercera que incluirá nuevas aportaciones. Una muestra más de cómo los libros, sobre todo los de ciertos temas, dejan de ser de sus autores para convertirse también en patrimonio de sus lectores.

Ya desde el prólogo que ha escrito Francisco Espinosa Maestre se plantean algunos de los problemas centrales de la historiografía de la cuestión: ¿fue la represión golpista una respuesta a los desmanes y crímenes cometidos durante los “días rojos”?, ¿es posible una historia local libre de los condicionamientos y rémoras que habitualmente la acompañan? La respuesta, no por evidenciada en otros casos, es no, en el primer caso, y sí en el segundo. Como escribe Espinosa “el terror fascista no requería sangre derramada anteriormente sino que respondía a un plan previo de exterminio”. Un planteamiento que, discutido por otros autores, cobra toda su realidad cuando se acerca el microscopio sin prejuicios y apoyado en la